

dad; sobre todo, si se trata de la libertad de enseñanza. De otra suerte sería inexplicable su oposición, á las Universidades libres en ellos que tanto pregonan la libertad en todo y para todos. Pero es que temen á la Iglesia, conocen su fuerza saben que no está sostenida humanamente, que solo le basta la libertad para que sus triunfos sean completos, y no pueden resistir el poder y eficacia de su doctrina.

Por esto se le persigue en todas partes, en donde quiera se le priva de sus derechos, se le quiere reducir á la esclavitud; como prueba tenemos lo acontecido ultimamente en Portugal.

La persecución á la Iglesia en aquella nación ha llegado al último, "queda la Iglesia excluida totalmente de la enseñanza y de la educación, el gobierno se reserva el derecho de elegir textos y profesores para los Seminarios; todo sacerdote extranjero ó que se haya ordenado en el extranjero ó haya estudiado ó adquirido grados en las universidades Pontificias, queda suspenso.

Y todo esto lo hacen los que tanto proclaman la libertad, y los que acusan á la Iglesia de que esclavizan las conciencias. Observemos cuidadosamente los hechos y juzguemos quienes son los verdaderos enemigos de la libertad.



Política Masónica.

La situación del antiguo reino lusitano no puede ser más angustiosa. Allí no ha ocurrido un mero cambio de régimen político, que podría tener sus defensores, sino el asalto de una nación por las logias con todos sus odios á la Religión, á la ley y á la propiedad, cuyo exterminio se impone á los masones que reciben el grado 33. según consta en sus rituales.

Desde los tiempos de la primera Revolución francesa, en que la masonería aplicó su programa á la gobernación del Estado, no se había presenciado en el mundo una persecución sectaria de caracteres tan violentos como la que hoy sufre Portugal, entregado á las iras de los carbonarios, que son, por decirlo así, las hordas de que la masonería dispone para oprimir de un modo sanguinario á los pueblos.

En manos de esas hordas se hallan hoy las vidas y haciendas de los desgraciados portugueses, pues basta que un carbonario denuncie como sospechoso á cualquier ciudadano para que éste sea sepultado en un calabozo, en el que suele encontrar una muerte inopinada, que por lo repetido de los casos hace sospechar en la existencia de ejecuciones secretas por medio del veneno ó de tormentos, en los que se procura evitar que las lesiones exteriores declaren el mal causado. De algunas de estas muertes repentinas ha dado cuenta una correspondencia de Lisboa al periódico belga *Le XXe Siècle*, y su enumeración pone espanto en el ánimo menos accesible á los sentimientos de conmiseración y piedad para con el prójimo.

Dos militares presos en Coimbra como sospechosos de conspiración contra la incipiente República mueren súbitamente en su prisión; igual suerte cabe á otro militar pocas horas después de haber salido de la cárcel. Dos paisanos, el señor Fortunato de Almeida y el Sr. Machado Braga, pierden la razón al llegar á sus casas después de pasar algún tiempo en la cárcel. Otro profesor de la Universidad se sintió enfermo con síntomas de envenena-

miento, y logró curar gracias á que por el mal estado de su estómago apenas probó los alimentos que le dieron en la cárcel; y tan repetidos fueron estos casos, que el comandante militar de Coimbra intervino, trasladando los presos desde la cárcel al cuartel, donde cesó la misteriosa epidemia que sólo se cebaba en los presos monárquicos.

Pero la masonería no está aún satisfecha, y quiere que el Poder de que se ha apoderado tenga una sanción legal. A este fin se han reunido las representaciones de todas las logias de Portugal para acordar dirigirse á la Asamblea constituyente lusitana pidiéndole que elija presidente de la República á Magalhães Lima, gran maestro de la masonería. Y no hay que decir que lo lograrán, so pena de que los diputados de la flamante Asamblea pasen á ser sospechosos y corran el riesgo de muerte misteriosa que ha dado fin de tantos prisioneros monárquicos.

Porque las logias ya se ve cómo las gastan.

Siguen los masones lusitanos con su manía de que los Jesuitas son los que sostienen y pagan la conspiración monárquica. Falsísimo; pero realmente, si así fuera, si sus reglas religiosas se lo permitieran, si tuvieran el dinero que les ha robado la asquerosa *revolta*, harían perfectamente en trabajar como todos los portugueses honrados y decentes para echar á escobazos de su noble país la taifa de bandidos que lo explota y arruina. Pero no es así. El P. Cabral, cuya sombra ven los carbonarios en todos los rincones de la frontera, y que hace mucho tiempo vive en el Norte de Europa, protesta ante el mundo contra las infames calumnias de que él y los suyos son constante objeto, mintiendo los masones á sabiendas de la manera más grotesca. Ni los Jesuitas conspiran ni dan dinero, que no tienen por que se lo han robado y viven de la limosna, y es un sarcasmo llamarlos ricos después de haberlos despojado de todo. Nunca el P. Cabral trató con Paiva Couceiro, al que ni de vista conoce, ni está ni ha estado en la frontera, sino muy lejos de ella, ni hacen otra cosa los Jesuitas en Bélgica, Holanda, Alemania y América, en donde han recibido cariñosa hospitalidad, que rogar á Dios por la patria querida, hoy en manos de los mayores enemigos que han tenido jamás en Portugal la religión, la paz y hasta la libertad y el decoro nacional.

TEODOSIO.



¡ALERTA, CATOLICOS!

Entre los grandes peligros que amenazan por ahora á la Nación mexicana, hay uno que no dudamos en calificar de muy grave, y sobre el cual quereamos dar el grito de alerta á todos nuestros compatriotas, verdaderamente amantes de su país. Para decirlo de una vez, este peligro lo constituye la aparición del partido socialista.

Muchos habrá que, sin pensar en las fatales consecuencias que la difusión de las ideas socialistas han de acarrear á nuestra Patria, sonreirán con incredulidad al oírnos tachar de peligro grave para la Nación á ese partido; mas á poco que lo consideren, y si arde en sus corazones una chispa de amor al prójimo, tendran que participar de nuestros temores y decidirse á luchar con todo ahínco para impedir el paso á ese nefasto grupo.

A ningún hombre meniadamente ilustrado y conocedor de lo que pasa en el mundo, se ocultará que el campo de la lucha actual y más aún de la lucha del porvenir, se encuentra en el

terreno social. La humanidad entera sufre de un mal profundo y doloroso que se llama "pauperismo."

Por causas muy diversas y que no es del caso examinar ahora; pero en los que tienen mucha parte la irreligión y el liberalismo, las condiciones económicas de una gran parte de la humanidad han llegado á ser de una estrechez tal, que—lo que nunca se había visto hasta ahora—hay hombres que trabajando todo el día y con todo el esfuerzo de que son capaces, no logran lo suficiente para la vida. Y aun sin llegar á esos extremos, hay innumerables hombres, la inmensa mayoría, podríamos decir, que no pueden obtener más que lo estrictamente indispensable para la vida, y á quienes, por lo mismo, amenazan grandes miserias para el día en que la enfermedad, el paro forzoso ó la muerte, interrumpen, siquiera por un momento, sus menguados ingresos.

En cambio, hay otros hombres, muy pocos, cuya vida es un derroche perpetuo y para quienes la humanidad se ha convertido en un campo vastísimo de explotación y de lucro. Hombres para quienes no significan nada los preceptos más elementales de la caridad y de la justicia, y que no vacilan ni ante el crimen, cuando se trata de aumentar sus ganancias hasta extremos increíbles.

Cierto que entre estos dos extremos hay una infinidad de personas que ni han llegado al grado de miseria de los primeros, ni á la opulencia de los segundos; pero no hay que desconocer por eso, que la inmensa mayoría de la humanidad, sufre entre las garras de ese capitalismo voraz y sin entrañas, que nada respeta, que todo lo consume y lo aniquila.

Ha habido, pues, un desequilibrio en el orden social de la humanidad, que reclama la atención de todos los hombres buenos, y para cuyo remedio debemos todos trabajar hasta donde las fuerzas nos alcancen, realizando así una obra grande y meritoria, y cumpliendo con uno de nuestros más grandes deberes con respecto á la sociedad.

Pero hay un grupo de hombres malos, impíos, verdaderos demonios, que aprovechándose del malestar profundo que han sembrado en una gran parte de la humanidad las condiciones actuales de la vida y explotando los sufrimientos del proletariado en favor de sus dañados intestinos, se han impuesto la ingrata tarea de despertar la envidia, de fomentar el odio;—un odio feroz—no á los opresores del hombre, ni á los viciados principios de donde el mal proviene, sino á lo más hermoso, á lo más santo, á lo más sagrado que hay en el mundo.

Hombres que, comenzando por arrancar de los corazones el amor santo de Dios y la esperanza en una vida futura de compensaciones sublimes, pretenden hacer una guerra á muerte al mismo Dios, á la Patria, á la familia, á la sociedad entera, y á todos los principios que de algún modo pueden oponerse á lo que ellos llaman falsamente el bien de los obreros y no es otra cosa que su ruina y su degradación.

Estos hombres son los socialistas, cuyas doctrinas se pueden resumir en una sola: el odio sistemático á todo lo que signifique orden, el odio que nada respeta ni se detiene ante ningún obstáculo; pero que se viste con el ropaje deslumbrador que le prestan algunos principios naturalmente amables á todos los hombres, tales como la protección de los desvalidos, el mejoramiento de las clases populares, etc., etc., de que ellos usan hipócritamente para encubrir la maldad de sus tendencias y engañar al pueblo, de suyo generoso y dispuesto á sacrificarse por sus hermanos.

Mas, con la máscara de esa mentida compasión por los que sufren, ¿qué es lo que hace el socialismo en todo el mundo? ¿qué pretende en todas partes y con qué caracteres se presenta entre nosotros? Se presenta abiertamente como enemigo de Dios y de la religión, y lo primero que busca es apartar á los obreros del redil santo de Cristo, aun valiéndose para ello de me-

LAS MADRES

debieran saber. Con la mayor parte de las niñas, sus tribulaciones proceden de la falta de nutrición, tanto en calidad como en cantidad. Hoy día se denomina esta condición por el término de Anemia; pero, las palabras no alteran los hechos. Existen miles de niñas en esta condición, en cualquier edad entre la infancia y los veinte años y entre estas, las enfermedades encuentran la mayor parte de sus víctimas, pues son demasiado débiles y frágiles para resistir. Algunas de ellas están en la edad de los misteriosos cambios que conducen al completo desarrollo y necesitan especial cuidado. Muchas sucumben en este periodo tan crítico y la historia de tales pérdidas es la más triste en el curso de la vida. Un tratamiento conveniente podría haber salvado á la mayor parte de estos tesoros de sus padres, si las madres hubieran sabido de la

PREPARACION DE WAMPOLE

ya hubieran administrado á sus hijas, con el resultado de que habrían llegado á ser mujeres fuertes y sanas. Es tan sabrosa como la miel y contiene todos los principios nutritivos y curativos del Aceite de Hígado de Bacalao Puro, que extraemos directamente de los hígados frescos del bacalao, combinados con Jarabe de Hipofosfatos Compuesto, Extractos de Malta y Cerezo Silvestre. Para lograr el desarrollo de niños pálidos, raquíticos y demacrados, y especialmente aquellos que padecen Anemia, Escrófula, Raquitismo ó Enfermedades de los Huesos y la Sangre, no tiene igual, pues sus propiedades tónicas son excelentes. "El Sr. Doctor José M. Guijosa, de México, dice: He empleado su Preparación de Wampole en una Señorita que presentaba algunos síntomas inquietantes en el aparato respiratorio y desde el primer frasco comenzó á notarse alivio marcado, habiendo desaparecido toda huella de enfermedad al terminar el sexto frasco." Basta una botella para convencerse. Cuidado con las imitaciones. De venta en las Droguerías y Boticas.

dios tan vergozosos como la calumnia y el embuste, para poder así gobernarlos más á su antojo, é inyectarles el virus ponzoñoso de sus doctrinas.

Y el crimen que comete es abominable, porque se asemeja al de aquel que, viendo á un hombre en peligro de naufragar, lo ofreciera un mentido socorro, sumergiéndolo aún más al tenerlo entre sus brazos, para que se ahogara más pronto. Así es el socialismo. Se presenta ante la humanidad, que sufre dolores de muerte, con grandes ofrecimientos de bienandanza y con apariencias de honradez, y una vez que se apodera de las almas las lleva al precipicio. Ahí están para ejemplo las grandes agitaciones socialistas que han conmovido al Viejo Mundo, en las cuales los obreros,—¡los infelices engañados!—arrastrados hasta el crimen por algunos agitadores, han sido siempre carne de cañón y en vez de obtener un bienestar justamente anhelado, se han vioto despedazados por la metralla, en tanto que sus directores se mantenían en lugar seguro. Recordad la semana trágica de Barcelona, en la que pereció gran número de obreros, mientras Ferrer y todos sus instigadores andaban lejos del peligro.

La historia contemporánea está llena de ejemplos que comprueban lo que venimos diciendo, y no hay más que abrir cualquier libro ó periódico socialista, para percatarse de la labor nefanda que está llevando á cabo el socialismo. En ellos aparece cómo se predica al pueblo bajo mil diversas formas, que todo lo que existe le es contrario: la autoridad para oprimirle, la fuerza para explotarle, la propiedad para robarle, el arte para insultar su memoria, el orden para cohibir la libertad, la religión para sostener todos estos elementos de tiranía, y hacer de todas las injusticias una verdadera institución. Se le dice que el admitir norma alguna de moral ó de dignidad,